

A decorative background consisting of a grid of grey dots of varying sizes, with several dots highlighted in red. The dots are arranged in a pattern that roughly outlines a world map.

Replantear la globalización para mejorar los resultados sociales

Liderazgo global para una mayor cohesión social y sostenibilidad

COLIN I. BRADFORD
Mayo de 2017

- Es necesario replantear la globalización para abordar directamente la reacción política y las preocupaciones de la ciudadanía en torno de la inseguridad económica y los resultados del mercado, que benefician a unos pocos en vez de a la mayoría. Esto implica reformular el discurso político con un lenguaje que enfoque de manera directa las condiciones *internas*, que se centre en las *personas* y que movilice a las sociedades hacia un *futuro* mejor.
- En primer lugar, los líderes del G-20 deben replantear la globalización para que se desplace desde la coordinación de política económica hacia el *establecimiento de normas de políticas nacionales* y la promoción de nuevos contratos y acuerdos sociales, dirigidos a generar mejores resultados en esta área.
- En segundo término, los líderes del G-20 deben ir más allá de su enfoque sobre trabajo y ámbito laboral para adoptar *una visión de las personas como ciudadanos*, miembros y líderes de comunidades y de familias. Las crisis actuales afectan a toda la persona y sus relaciones sociales.
- En tercera instancia, los líderes del G-20 deben dirigir la mirada hacia el futuro, comprometiendo a las sociedades a *concebir el mundo que desean* (por encima de las condiciones que padecen actualmente) y utilizando la Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) como marco para que los esfuerzos nacionales permitan alcanzar precisamente la sostenibilidad.



Estamos viviendo un momento político intenso. El 24 de junio de 2016, el referéndum sobre el Brexit en el Reino Unido conmovió al mundo. Las elecciones en Estados Unidos y en Francia revelan en qué medida los ciudadanos están enojados y dispuestos no solo a rechazar a los partidos y los líderes políticos tradicionales, sino también a derribar el orden de posguerra y minar la Unión Europea y otros acuerdos internacionales.

El problema fundamental es la creciente desconfianza hacia las instituciones, las organizaciones políticas y las elites globales existentes. A los ojos de la ciudadanía, la economía global parece beneficiar a unos pocos en vez de a la mayoría y agudizar la pobreza en los países en desarrollo, la desigualdad en todos y la falta de legitimidad del liderazgo. Este es el nuevo contexto global, bajo el cual se realizará en julio la cumbre del G-20 en Hamburgo.

Introducción y panorama general: el nuevo contexto global

Esta nueva coyuntura surge porque la economía de mercado no logra generar resultados sociales que sean políticamente sostenibles.

Aunque el drama político inmediato hoy transcurre en Occidente, la dura verdad es que la mayoría de las economías del mundo en desarrollo han venido experimentando este fracaso durante décadas. La crisis a la que nos enfrentamos es económica, social y política; es nacional y global; y se superpone con urgentes desafíos ambientales, que también tienen un impacto holístico. Como resultado, se presenta efectivamente una combinación única de fuerzas, un potente torbellino que se vuelve incontrolable y afecta a todos en todas partes. Por si esto no fuera suficiente, vivimos en un tiempo de política polarizada, con la violencia y el terrorismo como respuestas frente al nuevo contexto global y con el miedo como un elemento central de la vida pública y privada.

Este momento político plantea desafíos a los líderes, a los responsables de la formulación de políticas y a los paradigmas profesionales en materia de economía y gobernanza, en el campo empresarial y laboral, y en el ámbito de las instituciones financieras y los mercados. El saber convencional hoy está en tela de juicio. Habrá quienes sostengan que se debe evitar un debate acerca de valores. Sin embargo, en definitiva, esta confluencia de crisis

nos obliga a admitir que lo que de hecho está en juego son los valores. Si hacemos la vista gorda frente a esto, será imposible apreciar el cuadro completo.

Hay grandes desafíos en cuanto a *qué hacer*. Pero también hay inmensos retos políticos referidos a *cómo dirigirse a los ciudadanos* de un modo tal que se haga eco de sus preocupaciones básicas.

Particularmente en este hemisferio, debemos comprender que los valores dominantes en el orden internacional del siglo XX derivaron sobre todo de países occidentales. Se relacionaron de manera directa con principios orientados a constituir gobiernos, establecer economías de mercado, enfrentar amenazas militares convencionales y crear un orden institucional internacional basado en el poder. La libertad individual y de cultos, los derechos de propiedad privada, la competencia, la soberanía y los intereses nacionales fueron los principales valores del siglo XX. Estos valores basados en conceptos occidentales son controvertidos en otros países del mundo; allí no se les adjudica un carácter universal, sino un sesgo prescriptivo de este hemisferio.

Ahora que la diversidad cultural del mundo está internalizada en la vida nacional de la mayoría de los países occidentales, necesitamos reexaminar estos valores no solo para mejorar las relaciones internacionales, sino por razones *internas*. Debemos reexaminar las tensiones existentes entre el interés propio y la compasión, entre la vida privada y la responsabilidad pública, entre lo propio y lo social, entre el individualismo y la pertenencia, y entre el hecho de identificarse con gente que es similar a nosotros y saber que nos enriquecemos al conocer a gente que es diferente. Para debatir qué capacidad tiene la economía global de generar resultados sociales políticamente sostenibles, debemos rearticular los valores, a fin de que promuevan la equidad, el acceso igualitario, el respeto, la responsabilidad, la confianza y la seguridad como respuesta directa frente a las preocupaciones de la ciudadanía.

Durante el 7 y el 8 de julio Hamburgo será sede de la cumbre del G-20, la duodécima que se celebra desde 2008. Y el 24 de septiembre se llevarán a cabo las elecciones nacionales en Alemania. En este período crítico se materializará la combinación por antonomasia entre lo interno y lo global. Según lo señalado por el país anfitrión de la reunión del G-20, la reacción ciudadana contra la globalización será un tema clave en esta cumbre.

En este momento crítico corresponde a Alemania definir un nuevo nexo entre las urgencias políticas internas y las fuerzas globales, y articular un nuevo discurso que responda directamente al contexto político actual.

1. Replantear la globalización: desde una coordinación macroeconómica externa hacia la fijación concertada de normas internas en un marco de liderazgo y cumbres a escala global

El Brexit y la elección de Trump en EEUU revelan una reacción política contra la globalización que subyace entre los trabajadores, ciudadanos y familias de todo el mundo. La prioridad política central para los líderes y gobiernos nacionales consiste ahora en gestionar el impacto interno de la globalización. Las recientes elecciones en países claves, los resultados de los referéndums y el populismo de derecha plantean serios desafíos al futuro del multilateralismo. Estos acontecimientos políticos internos y los recientes cambios geopolíticos indican que el enfoque tradicional de las cumbres globales, orientado a la coordinación y cooperación de la política exterior de los principales países, está desfasado en el tiempo.

A escala global, una responsabilidad importante del liderazgo y el eje central de las cumbres consiste en ajustar el discurso político al nuevo contexto internacional, a fin de abordar directamente las preocupaciones de cada país. Para hacer esto, es necesario *replantear la globalización*.

El nuevo imperativo global es gestionar el impacto interno de la globalización.

En la era de Bretton Woods, la coordinación internacional se centraba en administrar el comercio mundial, los tipos de cambio, el flujo de capitales y la inversión extranjera directa transfronteriza. Desde entonces ese enfoque ha sido transformado por el nuevo contexto global, donde la tecnología, las comunicaciones, el cambio climático y la inmigración tienen un enorme impacto social interno. El impacto interno ahora debe ser gestionado; no puede ser dejado simplemente a merced de las fuerzas del mercado, que tienden a aumentar la brecha.

Este replanteamiento de la globalización genera nuevos imperativos para los líderes mundiales. En julio, los representantes del G-20 deberán demostrar en Hamburgo que son

capaces de actuar en conjunto para apoyar mutuamente los esfuerzos internos y afrontar así los efectos de desbordamiento hacia adentro (*spill-in*) de las fuerzas globales, que se manifiestan en las condiciones de cada país y determinan de manera decisiva la vida y el sustento de su población.

Esto implica una diferencia fundamental respecto a la tarea realizada tradicionalmente por la gobernanza global y los organismos internacionales, que gestionan los efectos de desbordamiento hacia afuera (*spill-over*) derivados de políticas económicas desajustadas. Los desafíos actuales surgen porque entre los distintos ámbitos nacionales y las distintas fuerzas internas existe una interpenetración. En cierto modo, se combinan los efectos de desbordamiento hacia adentro y hacia afuera. Pero no son el resultado de fuerzas externas per se ni de la política internacional de determinados países.

Esta es la diferencia fundamental, que obliga a «replantear» la naturaleza del liderazgo y de las cumbres a escala global. Es necesario que los líderes del G-20 cambien su enfoque y pasen de la coordinación internacional de políticas externas a la consulta y la concertación global en la fijación de normas para afrontar las oportunidades y los desafíos internos.

La consulta y la concertación también marcan una diferencia fundamental respecto a la coordinación. Esta última implica un acuerdo entre las principales economías, que alinean sus políticas en pos de un objetivo común deseado, mientras que la consulta y la concertación sobre políticas internas requieren:

- examinar experiencias de mejores prácticas;
- adaptar innovaciones de otros al propio contexto interno;
- ser sensible a las distintas circunstancias institucionales, culturales y políticas que atraviesa cada país; y
- apuntar a resultados sociales que se centren en las personas y sean decididamente mejores que las prácticas anteriores.

En lugar de buscar un acuerdo en torno de posiciones políticas comunes, que pueden conducir a alineamientos «uniformes» o forzados y generar mejores resultados globales, esta nueva iniciativa intenta reconocer la diversidad en las condiciones internas e impulsar a los gobiernos a mejorar los resultados a través de enfoques políticos similares pero diferenciados, que optimicen los beneficios sociales en el plano interno.

El nuevo enfoque del liderazgo global se centra menos en instrumentos estándar de política macroeconómica y más en

- innovaciones en el campo de las instituciones y la gobernanza,
- emprendimientos sociales,
- nuevas alianzas sociales,
- comunicaciones,
- trabajo en red,
- conocimiento,
- experimentación,
- comportamientos,
- incentivos,
- creatividad e
- inventiva.

El «bien global» puede surgir a partir de una mayor *cohesión social* dentro de los principales países, que frente a los profundos desafíos políticos *estabilice los pilares de la economía global* y aumente así la legitimidad de los gobiernos y la confianza en la economía de mercado como sistema capaz de favorecer a las personas.

Algunos podrán decir que este nuevo enfoque de liderazgo mundial es inapropiado para el carácter internacional de las cumbres y que entraña el riesgo de imponer soluciones a interlocutores poco receptivos. Este argumento ignora los peligros globales que supone erosionar el apoyo político a las instituciones establecidas, los gobiernos y la economía de mercado, así como el saber, la experiencia y el conocimiento ya acumulados para afrontar las cuestiones sociales.

Al desconectarse del discurso público y las preocupaciones de la gente, la economía no ha logrado involucrar en sus debates de política interna a una parte más amplia de la ciudadanía. El defecto de las cumbres del G-20 realizadas hasta la fecha es su énfasis excesivo en lo económico, que genera una jerga específica y soluciones técnicas cuando, en realidad, *los ciudadanos buscan liderazgo, visión e ideas sobre el futuro deseado, más que sobre las condiciones actuales que padecen*. La reacción contra la globalización es el resultado de estas falencias.

Y la reacción es global, no se limita a Europa y América del Norte. Para la opinión pública mundial, *la economía global parece beneficiar a unos pocos en vez de a la mayoría*. Los líderes de los países del G-20 son un

foco esencial para reafirmar la responsabilidad pública con el fin de mejorar los resultados globales. Si los líderes del G-20 no demuestran en julio en Hamburgo que comprenden el alcance planetario del descontento ciudadano, que entienden la decepción de la gente respecto a sus perspectivas económicas personales, que escuchan las voces del enojo y que comparten la visión acerca de cómo avanzar hacia un futuro mejor, el liderazgo político sufrirá un fracaso estrepitoso.

Es necesario replantear la globalización como una gestión del futuro para mejorar los resultados sociales mediante una acción concertada en las fronteras de la política interna y dejar la coordinación macroeconómica donde corresponde, es decir, en manos de los ministros de Finanzas del G-20. Esto implica proyectar el liderazgo global de un modo fresco, innovador, visionario y sensible a las personas, que se haga eco de la angustia de la ciudadanía y responda consecuentemente en este nuevo contexto global.

2. Hacia un nuevo discurso para los líderes del G-20 en Hamburgo: el trabajo en primer plano

La tendencia de la participación del trabajo en el PIB durante las últimas décadas es un indicador clave del origen de la angustia de la ciudadanía. Los datos destacan dos hechos particularmente relevantes: la participación de la renta del trabajo en la renta nacional ha disminuido a lo largo de los últimos 20 años; y la productividad laboral ha aumentado más rápido que su remuneración (salarios). Estos datos se registran tanto en las economías avanzadas como en los mercados emergentes y en los países en desarrollo. Son tendencias globales.

Esto significa que el cambio tecnológico ha aumentado la productividad del trabajo sin que este haya recibido los beneficios graduales de su propia mejora en la productividad. También significa que el rendimiento del capital deja rezagada a la remuneración del trabajo. Con el crecimiento global, la distribución del ingreso dentro de los países no ha mejorado, sino empeorado.

Las tendencias observadas violan principios básicos de equidad. Generan la reacción política contra los resultados del mercado y ponen las cuestiones laborales en el centro de las prioridades nacionales y de la agenda del G-20.

Estos patrones no constituyen una mera cuestión de ricos contra pobres; revelan una presión sobre los asalariados de ingresos medios en todos los países y sobre los empleados de las capas medias en economías avanzadas. El mal de la marginación se ha extendido más allá de los pobres para alcanzar a los registros medios dentro de la escala de ingresos.

Para empeorar las cosas, las probables tendencias del futuro son más amenazantes que los modelos del pasado. El potencial impacto social de la inteligencia artificial y la digitalización amenaza no solo a los obreros, sino también a los trabajadores más calificados. Durante la revolución industrial el cambio tecnológico suponía reemplazar a trabajadores por maquinaria intensiva en capital, que era cara y requería tiempo para ser construida, mientras que las innovaciones de software son baratas y pueden implementarse de manera rápida y generalizada.

Como parte de la preparación para la cumbre del G-20 que se realizará en julio en Hamburgo, se están elaborando dos enfoques estratégicos en relación con los desafíos laborales. Uno consiste en el desarrollo y la capacitación de los trabajadores; el otro radica en gestionar el impacto que generan la digitalización y la inteligencia artificial sobre el trabajo, dentro de una estrategia integral que involucre a todas las estructuras gubernamentales.

Para que cada uno de estos enfoques tenga éxito, es esencial que exista un compromiso social en el desarrollo de la estrategia. *Al sector empresarial le conviene* que aumente la remuneración del trabajo, no solo para recompensar a su propia fuerza laboral y retenerla, sino también para incrementar la movilidad social de los trabajadores en pos de una mayor cohesión social y estabilidad política. *Al sector del trabajo le conviene* que crezcan los negocios, porque son una fuente estable de ingresos y seguridad económica. *A la sociedad le conviene* que haya resultados justos para el trabajo, que significan un beneficio para la economía y la armonía social. Y en todas partes los *gobiernos* ya saben que no alcanza con que manejen los resultados sociales y económicos; el compromiso social es un ingrediente esencial para lograr una gobernanza sostenible.

Una nueva forma de generar acuerdos sociales hacia un futuro mejor es la colaboración entre sectores empresariales, laborales, gubernamentales y otros actores interesados con el fin de forjar relaciones innovadoras y resultados sociales superiores.

Los líderes del G-20 deben usar la cumbre de Hamburgo para *desarrollar diversos enfoques estratégicos dirigidos a instrumentar e incentivar una inversión significativamente mayor, realizada por parte de las empresas privadas y orientada a promover la capacitación y la suba salarial como retribución a una mayor productividad laboral*. Estas acciones podrían impulsar la absorción y retención de mano de obra en sectores económicos donde el cambio tecnológico representa un factor importante.

Los incentivos e instrumentos específicos pueden variar en los diferentes entornos nacionales. Sin embargo, debe haber un denominador común para su implementación: el compromiso de los líderes del G-20 de establecer una cooperación social adecuada para cada país. Estos nuevos acuerdos podrían acelerar la inversión privada destinada a mejorar la capacitación laboral y la formación técnica. Además, podrían presionar a las empresas para que ajusten la remuneración del trabajo y reflejen así el valor agregado por el mayor nivel de calificación. Los aumentos salariales dirigidos a reflejar los aumentos en el valor agregado por la mayor calificación contribuirían a promover la equidad y la movilidad y cohesión en el ámbito social, así como a generar lealtad y compromiso hacia la empresa por parte de los trabajadores. Por ende, tanto la capacitación de la mano de obra como su retribución por el incremento resultante en la productividad redundan en beneficio de los negocios.

Para abordar específicamente el problema del desplazamiento de mano de obra, agudizado como consecuencia de la digitalización y la inteligencia artificial, es necesario contar, por un lado, con enfoques privados y públicos más amplios e integrales y, por el otro, con alianzas sociales más ágiles e inclusivas. Lo ideal es afrontar tales desafíos a través de un conjunto de equipos multidisciplinarios que muestren una rápida evolución, que combinen lo público con lo privado y que estén conformados a partir de los sectores gubernamental, empresarial y laboral. Esos equipos deberían adoptar las mejores prácticas del área y utilizar un *enfoque colaborativo iterativo* para crear una política integral y coherente, establecer marcos regulatorios, elaborar un modelo de sus efectos socioeconómicos y someterlos a pruebas piloto.

Estas dos propuestas –una mayor inversión privada dirigida a la capacitación de la mano de obra como modo de aumentar la remuneración del trabajo y un enfoque de cooperación social de carácter extenso, iterativo, ágil

e integrado para afrontar las potenciales perturbaciones causadas en el mercado laboral por las innovaciones tecnológicas— *demuestran* que se requiere un esfuerzo amplio y profundo para que los trabajadores obtengan mejores resultados sociales en la economía global. Las propuestas en cuestión podrían alentar a los sectores interesados en todos los países a mejorar su diseño, reforzar su eficacia y multiplicar su impacto, de manera tal de aumentar significativamente la remuneración laboral y conseguir una mayor seguridad económica para los trabajadores.

Sin embargo, estas dos propuestas solo indican el tipo de esfuerzo que debe realizarse a lo largo de un amplio espectro de ámbitos políticos y dominios públicos para lograr mejoras sociales a partir de iniciativas nacionales y globales. Las propuestas son necesarias, pero no suficientes por sí solas para que los resultados alcancen la magnitud requerida.

Para transmitir y encarnar una mayor sensibilidad frente a la inseguridad económica y el abandono percibido por la mayoría, los líderes deben articular un marco que vaya más allá de las políticas laborales y conecte a los *individuos como ciudadanos de sus países, miembros de sus comunidades, cabezas de sus familias y actores interesados en la salud de sus sociedades*. Los líderes deben aportar un sentido general de la relación que existe entre el trabajo y la vida, entre el tratamiento dado a las personas en el lugar de trabajo y su rol en la sociedad.

Las empresas dependen de la estabilidad y la cohesión social, dotada de políticas que generen un clima económico propicio para el crecimiento de los negocios. Si existen medidas correctivas que apuntan a extender los logros y favorecen la creación de sociedades sanas, su implementación contribuye a los intereses estratégicos empresariales a largo plazo tanto como lo hacen las políticas orientadas a la salud de la economía en un sentido estricto. Son los líderes políticos quienes deben inculcar el lenguaje, las normas, la cultura y el clima para fomentar un mayor nivel de inclusión, respeto, confianza y seguridad. De ese modo podrán fortalecer el tejido social para que beneficie a todas las personas, no solo a los individuos en su rol de trabajadores.

Es necesario que haya mejores políticas para los trabajadores; siguen siendo importantes los pilares para la negociación, que incluyen el fortalecimiento de los derechos

laborales, los convenios colectivos y la libre asociación sindical. No obstante, se requiere un discurso más amplio y que abarque a toda la persona para analizar adecuadamente las dimensiones sociales de los múltiples roles de la gente y todas las consecuencias que provoca la tensión económica en el tejido social. Esto deja en claro el costo general de desatender a los que están en situación de riesgo y, a la inversa, los beneficios generales de adoptar acciones que afianzan a los segmentos marginados y mal remunerados. A tal efecto, el mundo necesita un marco más amplio, que comprenda la gama completa de requisitos previos para alcanzar resultados sostenibles en el campo económico, social, ambiental y político.

3. Objetivos, acciones y resultados globales: la sostenibilidad como el metadesafío del futuro

Ahora se podrá evaluar si la sostenibilidad política de la economía global de mercado es capaz de generar mejores condiciones sociales. A grandes rasgos, esto significa que el mundo atraviesa una crisis en la que las actuales orientaciones, prácticas y sistemas económicos, sociales, ambientales y políticos no consiguen resultados sostenibles. Esta *crisis de sostenibilidad sistémica* exige respuestas acordes. Por definición, los países sistémicamente importantes del G-20 —es decir, las mayores economías del planeta— son cruciales para obtener una respuesta sistémica global.

La Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), junto con el Acuerdo de París, firmado como parte de la Convención Marco sobre el Cambio Climático, pueden considerarse como *normas universales*, abarcadoras e integradas, que son muy importantes para desarrollar enfoques estratégicos de cara al futuro y responder al descontento ciudadano en *todos* los países. La gente suele pensar en los objetivos globales como metas exclusivas para los países en desarrollo. A diferencia de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) y los Objetivos de Desarrollo Internacional (ODI) establecidos anteriormente, los ODS representan metas universales, lo que significa que también son válidas para los países avanzados y las economías de mercados emergentes.

La gente también suele pensar que los objetivos globales son impulsados desde arriba hacia abajo por «elites» desconectadas de su ciudadanía. En verdad, en los tres

conjuntos de objetivos globales elaborados hasta ahora, el desarrollo de las normas sociales consagradas y las propias metas surgieron a partir de un enorme esfuerzo de consulta a escala mundial, y fueron representantes de las sociedades *nacionales* los que realizaron la mayor parte del esfuerzo necesario para presentar cada serie de objetivos. Pero la verdad más importante es que estos conjuntos de objetivos, y los ODS en particular, son metas *indicativas* creadas para guiar, no para determinar; para movilizar, no para imponer; y para involucrar a las sociedades en sus propios debates sobre su propio futuro, más que para ofrecer a todos los países una solución uniforme.

Si la crisis actual hubiera ocurrido en un momento previo a las iniciativas desarrolladas para crear un consenso planetario sobre sostenibilidad, para poner en práctica un mecanismo de guía como el G-20 o para establecer un sistema de organismos internacionales dirigidos a cumplir la voluntad de la comunidad global a lo largo de diversas áreas, el mundo se encontraría en un *vacío político*. No habría a escala global un marco estratégico para generar mejores resultados sociales y ambientales, ni un foro liderado por países sistémicamente importantes para guiar la economía, ni un conjunto de organismos internacionales capaces de abordar los desafíos existentes.

Hoy nos enfrentamos a una crisis política y a desafíos sistémicos que son intimidantes. Pero el mundo cuenta con estos importantes *activos*, que puede usar para construir un futuro mejor basado en el pluralismo social, la inclusión económica y la gobernanza receptiva.

Para fomentar este esfuerzo global orientado a un futuro más sostenible, necesitamos valores diferentes de aquellos que constituyeron la base del orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los criterios sugeridos por el nuevo entramado de fuerzas del siglo XXI son más neutros que el conjunto adoptado en el siglo XX. La diversidad global da lugar al *respeto por la diversidad cultural* como un valor importante para apuntalar los esfuerzos globales del siglo XXI. Las amenazas sistémicas obligan a aceptar la *responsabilidad ciudadana* como una respuesta necesaria en todos los niveles de la sociedad. No hay *deus ex machina* ni mecanismo automático que pueda tener bajo control el futuro de la humanidad: su destino común.

Para ejercer la responsabilidad ciudadana es necesario que haya un proceso eficaz de toma de decisiones y un buen funcionamiento de las instituciones, que

proporcionen *mecanismos de mediación y comportamientos* capaces de alcanzar una conclusión. El claro deber de lograr la sostenibilidad en sus múltiples dimensiones, como prevén los 17 ODS y la Agenda 2030, destaca la necesidad primaria de asegurar la *equidad* mediante el acceso universal a los servicios básicos. El nuevo orden mundial multipolar exige construir una *confianza estratégica* entre los principales actores geopolíticos. Y la primacía de la sostenibilidad convierte la *seguridad personal* en una prioridad para todos y en todas partes.

Estos valores no provienen únicamente de Occidente, sino que se originan en el entramado del siglo XXI, compuesto por diversidad cultural, liderazgo, visión, gobernanza, responsabilidad, respeto, acceso, equidad, confianza, seguridad, multipolaridad y sostenibilidad. Se debe instar a los líderes del G-20 a que en Hamburgo afirmen tales valores, generen una conexión con el dolor de sus ciudadanos y fortalezcan los acuerdos, los mecanismos y los organismos globales ya existentes para que el mundo pueda avanzar hacia un futuro mejor.

Uno de los grandes beneficios de los ODS y la Agenda 2030 es que ya no se limitan a las políticas económicas de corto plazo orientadas a un sucesivo crecimiento, sino que ponen el foco en las oportunidades que tienen las sociedades para modificar sus trayectorias a más largo plazo y lograr así un mejor futuro. Para los países en desarrollo, es conveniente que las metas universales de los ODS se reflejen en resultados internos en países sistémicamente importantes, ya que eso promoverá un impacto global favorable en sus propias economías y, además, ayudará a *fortalecer la credibilidad política para replantear la globalización como una gestión del futuro, dirigida a mejorar los resultados sociales a todos y en todas partes*.

Conclusiones: acciones del G-20 para captar nuevas fuerzas en pos del cambio social

Los líderes del G-20 pueden utilizar su creciente dedicación a la concertación mutua para elaborar *normas sociales más fuertes, que impongan medidas* destinadas a aumentar la remuneración económica del trabajo, su valor relativo y la movilidad y cohesión en el plano social. Los jefes de Estado y de Gobierno del G-20 pueden utilizar su liderazgo interno consensuado con el propósito de:

- movilizar *nuevas coaliciones de acción* para aumentar la sostenibilidad laboral, social y ambiental;
- generar condiciones que propicien un aumento significativo de la inversión orientada a los jóvenes y a la población activa; y
- crear amplias redes sociales que faciliten diversas innovaciones sistémicas para amortiguar el futuro impacto de la economía digital.

Estas nuevas iniciativas podrían vigorizar aún más los esfuerzos nacionales. La variedad de temas encarnados en los ODS proporcionan un marco sumamente oportuno y útil para ampliar y profundizar los esfuerzos sociales, que apuntan a crear nuevos recorridos en aras de una mayor cohesión y sostenibilidad en todos los países. Con un *discurso político más amplio*, que considere a los individuos en sus múltiples roles como ciudadanos, miembros de comunidades, cabezas de familias, líderes sociales y trabajadores afectados por los cambios en su lugar de desempeño, se puede dar al debate público un encuadre que mejore el impacto social.

Los líderes del G-20 pueden subrayar explícitamente que, en virtud de su gran impacto, *los negocios globales han logrado eludir regulaciones y normas laborales y fiscales en todo el mundo*. Tomando como ejemplo la evolución en las reglas de tributación internacional,

mediante la concertación e incluso la coordinación de regulaciones y normas internas, los líderes del G-20 pueden *obligar a las empresas globales a cumplir disposiciones de alcance planetario, que beneficien a la mayoría y no a unos pocos*.

Estas acciones del G-20 pueden impulsar nuevas iniciativas y promover mayores esfuerzos para lograr mejoras sociales. ¡Nunca se debe desperdiciar una crisis por falta de resultados! Por su propia supervivencia política, los representantes del G-20 deben aprovechar este momento para ejercer un nuevo liderazgo, atendiendo a las preocupaciones de todos aquellos que se sienten excluidos y privados de identidad y seguridad. Si se desea restablecer la credibilidad en la economía global de mercado, recuperar la confianza en una gobernanza con capacidad de respuesta y alcanzar una sostenibilidad sistémica frente a las dudas y al enojo de la ciudadanía, *será necesario aprovechar al máximo la actual crisis política para obtener resultados duraderos*.

La cumbre del G-20 en julio puede ser determinante. En Hamburgo se pueden establecer procesos sociales e institucionales innovadores, que insten a los líderes políticos de cada país a conectarse con sus ciudadanos e intensifiquen los esfuerzos para aumentar la seguridad económica de la gente y la cohesión social, a fin de lograr mejores resultados sociales para la mayoría.



Referencias

Colin I. Bradford y Roger Burkhardt (2017): *Proposal to Accelerate Social Mobility: Incentivizing Greater Private Investment in the Social Development of 21st Century Workers*, Washington, DC: The Brookings Institution.

Roger Burkhardt y Colin I. Bradford (2017): *Addressing the Acceleration of Labor Market Dislocation from Digitalization*, Washington, DC: The Brookings Institution.

Katharina Trapp (2014): *Measuring the Labor Share of Developing Countries: Challenges, Solutions and Trends*, Hamburgo: GIGA, 14 de agosto.



Acerca del autor

Colin Bradford es un líder intelectual en materia de gobernanza global, reforma internacional y G-20 desde 2003, cuando se dirigió a Brookings para escribir un libro sobre la transformación del G-8 en el G-20. Desde 2008, ha asesorado a gobiernos de países anfitriones para preparar las cumbres del G-20 en Londres, Seúl, Los Cabos, Brisbane, Hangzhou y Hamburgo. Fue parte del grupo que fundó el T-20 para la reunión del G-20 de 2012 en Los Cabos, México. La carrera del Dr. Bradford incluye 10 años en el gobierno estadounidense: Senado, Departamento del Tesoro y Agencia de EEUU para el Desarrollo Internacional (USAID); ocho años en organizaciones internacionales: Organización de Estados Americanos (OEA), Banco Mundial y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE); 16 años en la enseñanza universitaria: Yale y American University; y ahora 14 años en la Brookings Institution de Washington, DC, donde se desempeña como investigador senior no residente en Economía Global y Desarrollo.

Traducción: Mariano Grynszpan

Aviso legal

Fundación Friedrich Ebert | Política Global y Desarrollo,
Hiroshimastrasse 28 | 10785 Berlín | Alemania

Responsable:
Thomas Mättig | Coordinador de Diálogo sobre Globalización

Teléfono: +49-30-269-35-7415 | Fax: +49-30-269-35-9246
<www.fes.de/GPol/en>.

Para solicitar publicaciones:
<Christiane.Heun@fes.de>.

Se prohíbe el uso comercial de los medios publicados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) sin un consentimiento escrito de la FES.

Política Global y Desarrollo

El departamento Política Global y Desarrollo de la Fundación Friedrich Ebert promueve el diálogo Norte-Sur y fomenta los debates sobre asuntos internacionales en la opinión pública y la política de Alemania y Europa. Ofrece una plataforma para la discusión y el asesoramiento, con el objetivo de fortalecer la conciencia de la interdependencia global, desarrollar escenarios para futuras tendencias y formular recomendaciones de acción política. Esta publicación es parte del proyecto Diálogo sobre Globalización, coordinado por Thomas Mättig: thomas.maettig@fes.de.

Los puntos de vista expresados en esta publicación no coinciden necesariamente con los de la FES.

